

do de origen que lo blanco conlleva encuentra, pues, una adecuada aplicación al «mar» y al «sueño», ambos fuentes de creatividad y, por lo tanto, posibilidades de existencia.

La unidad número 4 del poema «dos o tres experiencias de vacío» (*Folios...*) se encuentra prácticamente saturada por el sema blancura, el cual aparece ahora acompañado por su opuesto en materia de color, la negrura. Pero así como lo blanco responde metafóricamente al sentido de potencialidad creativa, lo negro, identificado con la tinta, significa la plasmación en escritura de la abstracción poética; esta relación se traslada a la imagen del mar que reúne en sí la potencialidad y la realización («orilla») y reproduce la que existe entre la idea poética, o la intuición del poema, y el resultado de la escritura:

las blancas paredes		de la casa
los blancos huesos		bajo tierra
la blanca	soledad	
del mar		del cielo
la blanca mariposa		del sueño
sumidas		
en el trazo		
	negro	de la tinta
hasta alcanzar su negra orilla		

La íntima relación de la poesía con la vida es recordada en *Folios...* a través de la identificación de ésta con el signo «sangre»; en «eros» leemos: «en pos de una canción / cifrada / audible / al solo paso de la sangre». Pero en «continuo 1» dicha vinculación resulta más explícita y el término «sangre», además de identificarse con el transcurrir de la vida, se convierte en un continente enriquecido con múltiples contenidos. Este sentido se acentúa en el primer sintagma («se teje todo en la sangre»), después del cual se procede a la enumeración de contenidos, y se confirma en el último que incluye a la poesía; éste transporta, además, la idea de cierre, debido al participio del verbo tejer, mientras en el primero el verbo está conjugado en presente. En la enumeración de elementos contenidos en la sangre (o vida), todos de gran importancia en la obra de Sologuren, tiene un lugar central el amor, resaltado por su repetición aglutinada cinco veces, mientras que la alusión a la muerte contenida en la vida se encuentra oculta tras la metáfora «polvo último»:

se teje todo en la sangre	la luz del día	los transparentes rumores	del aire alto	la ola rosada
de la bellísima	sobre las calientes	tejas	las nociones	el concepto de justicia
la sapiencia de tu piel	el querer el no querer	la apertura del follaje	el polvo último	el amorelamorelamor
las quimeras	el amorelamor	en la sangre	que es el tiempo	sangre y tiempo
corceles	sólo destellos	rumores fluviales	fervores	sangre y tiempo
posible	poesía tejida como todo en la sangre	convergencia única		

En *La Hora* hallamos el signo metafórico «mar» (la alegoría, como dice el poeta) relacionado con la búsqueda de la poesía; el mar es un lenguaje desconocido que hay que poseer y es también la conciencia alerta, la que todo lo atesora a través de los tiempos: «el mar se hizo destino / se extendieron sus páginas / y una mañana súbita / de bruces me echó en ellas / quiso leer los afilados signos / del grande del único alfabeto». En «la especie humana» (*Poemas 1988*), cuyo título ha sido puesto al final como una respuesta conceptual a las imágenes en él presentadas, la primera estrofa alude a la salida del mar de una gaviota; la segunda funciona como puente que conduce a la mejor comprensión de la tercera, la cual se refiere a la salida del mar de seres humanos. El engranaje entre las tres estrofas es el verbo gritar y el sustantivo «grito»; la gaviota «emerge / blanca de sal / y gritos» y los hombres «aún mojados de mar / gritamos / cara al día / inmenso». Si acudimos a la simbología armada por el propio Sologuren obtenemos lo siguiente: el mar es símbolo de origen, de plenitud de posibilidades, y la blancura refuerza ese sentido; el día —o la luz— se identifica con la vida y la oscuridad aludida en la primera estrofa («de las aguas repentinas / y oscuras») con la inexistencia; si a esta comprobación añadimos el paso de un medio líquido a otro terrestre («tierratierra/ gritamos») y el detalle del grito en el momento de emerger y apenas después de producida la salida, tenemos una alegoría del nacimiento —en la cual la gaviota es símbolo del hombre— que se resuelve definitivamente en el título postergado («la especie humana»).

La composición con la que temporalmente cierra Sologuren su producción poética, «el puente que no cesa» (*Tornaviaje*), incide en varios de los argumentos que hemos venido sosteniendo. Al llegar a este punto, parece que todos los caminos, o las singladuras (atendiendo a su inclinación por la figuración marina), se encontrarán. El título es un préstamo y una modificación del que preside un libro de Miguel Hernández, *El rayo que no cesa*; la mutación impuesta por Sologuren deja intacta la idea de continuidad y varía el sustantivo por el «puerto», el cual aporta el sentido de punto de arribo y también el de punto de partida. El desarrollo del poema ayudará a entender connotativamente el título como una alusión al poema individual, o punto de llegada de un viaje imaginario, y también a la totalidad de su poesía, o destino de su travesía vital. El poema se inicia repitiendo un verso de «escalas», «soy navegante», y propone una interminable marcha hacia adelante durante la cual la renuncia es imposible, una carrera a través del tiempo cuyo final definitivo sólo puede ser la muerte. La imagen del mar donde navega el poeta aparece como un espacio puro y misterioso, como una página que llama a la escritura; la polisemia de algunos signos es intencional y notoria: «pluma» se relaciona tanto con «aves» como con la escritura; «fanal» remite tanto a sol como a lámpara que alumbra a quien escribe y ambos se vinculan con la metáfora «luz»; «mañana» es, explícitamente, tanto amanecer como futuro:

soy navegante
mientras sienta
pasar bajo la quilla

las aguas ligeras
mientras me halle
entre lo que dejé
y lo que me espera
soy navegante
corre mi suerte
entre dos
olas paralelas
me conocen la estrella
el viento apasionado
las aves vocingleras
la pluma sin sosiego
el oscilante fanal
la incorruptible
página del mar

soy navegante
de pie asistí
al sí de la mañana
y al mañana incierto
incierto

pero el viaje nunca admite
licencias
se comienza
y nada ni nadie
reposa
mientras viva
la rosa
ebria
de los vientos

una singladura
sigue a la otra
y los soles las lunas los paisajes
las estaciones las emociones las pasiones
corren hacia
su incoloro acabamiento
su último zigzag

blanco en lo blanco

Los versos finales expresan la persistencia creadora del autor. Allí, entrelazadas y amalgamadas en su falta de color, se hallan la muerte («acabamiento») y la escritura («zigzag»), esta última oculta bajo una referencia velada a la letra zeta, la última del alfabeto y símbolo del final de la escritura. El escueto verso con que termina el poema pone nuevamente en juego el sema «blancura», esta vez redundante y vinculado no a lo que está por empezar sino a lo que termina; si antes la blancura equivalía al incierto preámbulo a la escritura y al origen de la vida, ahora se nutre de otros sentidos: el del vacío final, o la nada, ligado a la ausencia de escritura. La muerte, la definitiva para un poeta de casta como Sologuren, sería la imposibilidad de escribir, por eso toda su obra es una lucha contra el vacío y por la vida de la poesía,

por eso la búsqueda de renovación y de equilibrio, para que ni el cansancio ni el desajuste la precipiten al abismo del silencio.

En este punto, al cerrar la lectura, en que los epígrafes, o autocitas que Sologuren escogió para encabezar su obra completa y que reproducimos en la segunda sección de este trabajo, nos llaman nuevamente con la voz fortalecida por nuevos sentidos; es así como comprobamos que el autor ha construido este preámbulo a su poesía —este nuevo poema— con la conciencia clara y la voluntad de incidir en la relación entre vida y escritura. Los epígrafes reproducen la secuencia de la vida, valiéndose de un paralelismo con el paso de la mañana a la noche; en ellos, y siguiendo las equivalencias establecidas, encontramos la relación entre la «mañana» (inicio del día, de la luz y, por tanto, de la vida) con la blancura (origen y papel en blanco), entre la plenitud de la vida y el hecho de cantar (paralelo al de escribir), y entre la «noche» y la «muerte», una muerte, sin embargo, que encuentra en seguida una posibilidad de reversión gracias al adjetivo «rediviva» que la acompaña. Esta posibilidad induce a la circularidad de la estructura poética formada por los epígrafes (tal como muchas otras en sus libros) y es reflejo de la concepción del poeta de una generación constante entre la vida y la muerte. Es, además, en un nivel más hondo, la razón de la continuidad de su vida y su poesía.

Ana María Gazzolo

